

## Emergencia de los Movimientos Sociales en la Región Andina

### Los procesos feministas latinoamericanos en el nuevo milenio: Identidades descentradas en lo nacional y lo global

Virginia Vargas\*

Las dinámicas de actuación de los movimientos sociales y los feminismos latinoamericanos han correspondido a búsquedas de respuesta a los desafíos presentados por el clima cultural, político, social y económico en los últimos treinta años. Estas experiencias y aprendizajes avizoran una nueva centralidad de las luchas feministas en lo nacional y en lo global, uno de cuyos ejes más significativos y tensionantes es el de la democracia.

#### Contenido

La democracia como terreno de disputa en lo nacional y lo global

1. Las disputas democráticas históricas
  - Tensión entre universalidad y particularidad
  - Tensión entre igualdad y democracia
2. La democracia en lo global

Los movimientos sociales y los feminismos como expresión de estos movimientos, no son ajenos a las transformaciones de la época ni a sus contradicciones, carencias y sensibilidades y, por tanto, los cambios en sus dinámicas de actuación en estos 30 años de existencia, corresponden a las búsquedas para responder a los desafíos que presenta el clima cultural, político, social y económico del fin del milenio.

Las condiciones e impulsos de sus orígenes se dieron en marcos dramáticamente diferentes a los que vivimos actualmente. La política feminista en América latina se comenzó a desplegar tempranamente en las luchas contra las dictaduras, o gobiernos autoritarios, o gobiernos democráticos que no aparecían serlo y ante los cuales se desarrolló una actitud de profunda desconfianza. Quizás por ello los feminismos en su despliegue orientaban mucho más sus estrategias hacia perfilarse desde la sociedad civil antes que a interactuar y menos negociar con los estados y gobiernos. Fue así densificando sus formas de existencia, dando origen a una multiplicidad de colectivos, de redes, de encuentros, de calendarios feministas, de simbologías y subjetividades.

Como asegura María del Carmen Feijóo, este despliegue y estas estrategias produjeron un conjunto de rupturas epistemológicas y la construcción de nuevos paradigmas y pautas interpretativas alrededor de la realidad. Al "politizar" lo privado, las feministas se hicieron cargo del "malestar de las mujeres" (Tamayo, 1996), generando nuevas categorías de análisis, nuevas visibilidades e incluso nuevos lenguajes para nombrar lo hasta entonces sin nombre: violencia doméstica, asedio sexual, violación en el matrimonio, feminización de la pobreza, etc. son algunas de los nuevos significantes que el feminismo colocó en el centro de los debates democráticos.

El paso de los años 80 a los 90 vino acompañado por nuevos escenarios políticos, ideológicos, económicos y culturales que influyeron en el feminismo y los movimientos sociales en general. Los procesos de globalización en lo económico, pero también en lo político y sociocultural, abrieron nuevos campos de actuación para los movimientos sociales y para los feminismos y nuevos terrenos para la lucha por derechos ciudadanos. Los dramáticos procesos de creciente exclusión -

comunes a toda la región- enfrentaron a los feminismos a la posibilidad y la urgencia de ampliar sus luchas desde lo nacional-regional hacia –y desde- lo global, a la vez que se evidenciaba los estrechos límites de los estados-nación para responder por sí solo a los requerimientos ciudadanos. Estas dinámicas se evidenciaron y se nutrieron del espacio global abierto por Naciones Unidas, que colocó los contenidos de las nuevas agendas globales a lo largo de la década de los 90, a través de las Cumbres y Conferencias Mundiales sobre temas de actualidad democrática global. Un sector significativo de estas instituciones feministas estuvieron presentes "disputando" contenidos y perspectivas para cada uno de ellos. Estas feministas comenzaron así a ser actoras fundamentales en la construcción de espacios democráticos de las sociedades civiles regionales y globales.

A lo largo de los 90 se fueron abriendo nuevos espacios, hubo una generalización del discurso de derechos y un énfasis en la construcción ciudadana tanto de las sociedades civiles y sus movimientos como desde los estados. Se partía sin embargo de enfoques diferentes (o que trataba que fueran diferentes, lo que no siempre se logra): para la sociedad civil y las feministas en su interior, el enfoque de derechos aparecía como un terreno de disputa, contestatario y conflictivo, dando lugar a permanentes "guerras de interpretación" (Slater), frente a sus contenidos hegemónicos parciales y aun duramente excluyentes. Se buscaba no solo el acceso a la igualdad sino el reconocimiento a la diversidad y a la diferencia, no solo el acceso a los derechos existentes si no al proceso de descubrimiento y permanente ampliación con nuevos contenidos. La lucha por el reconocimiento de los derechos sexuales y reproductivos no solo como derechos de las mujeres sino como parte constitutiva de la construcción ciudadana es un ejemplo de este proceso.

Los cambios de los 90 tuvieron otro efecto significativo en las dinámicas y formas de existencia de los movimientos sociales, entre ellos el feminista: el impacto de las lógicas neoliberales no solo en lo económico sino en lo social y cultural, acentuaron el énfasis desde una lógica básicamente movimientista hacia una lógica más institucional, y acentuaron la tendencia, señalada por Lechner, hacia la privatización de las conductas sociales y una creciente fragmentación e individuación de las acciones colectivas como movimiento.

La ampliación de los espacios de propuesta y confrontación, la fragmentación de las luchas feministas, el surgimiento de otros múltiples

procesos y actoras trajo evidentes transformaciones no solo en la manera en que se asumían las propuestas feministas (feminismos de libre interpretación), no solo en sus estrategias, sino también en sus formas de existencia, diversificándose en presencia e influencia y como dice Sonia Álvarez, extendiéndose "en un amplio, heterogéneo, policéntrico, multifacético y polifónico campo discursivo y de actuación / acción. Se multiplican los espacios donde las mujeres que se dicen feministas actúan o pueden actuar... envueltas no solo en luchas clásicamente políticas...sino simultáneamente envueltas en disputas por sentidos, por significados, en luchas discursivas, en batallas esencialmente culturales." (Álvarez, 1998)

Los feminismos estaban así en transición hacia nuevas formas de existencia. La incertidumbre, propia de los periodos de cambios intensos, también quedó instalada en los feminismos. Las rupturas con nuestras estructuras mentales anteriores, con los paradigmas que nos impulsaron y con lo que fuimos en el pasado podría ser una ventaja, porque como dice de Souza Santos, podría permitirnos pensar más creativamente sobre el futuro. Sin embargo, como asegura Norbert Lechner, existe un desfase entre la rapidez de los cambios y la inercia de la cultura política en América Latina, que no nos permite elaborar códigos interpretativos a través de los cuales estructurar y ordenar la nueva realidad social. En este escenario, las practicas generalmente se adelantan a la teoría.

Por ello, voy a analizar los procesos y las propuestas feministas en el nuevo milenio no desde certezas sino desde las búsquedas, las experiencias y los aprendizajes que nos fue dejando la practica y que avizoran una nueva centralidad de las luchas feministas en lo nacional y en lo global. Para ello escogeré uno de los ejes más significativos y tensionantes de las prácticas feministas latinoamericanas: el de la democracia.

## **La democracia como terreno de disputa en lo nacional y lo global**

### **1. Las disputas democráticas históricas**

La democracia ha sido una de las preocupaciones históricas de los feminismos desde su surgimiento.

Por algo el slogan "Democracia en el país y en la casa" de las feministas chilenas en su temprana lucha contra Pinochet fue el slogan adoptado por los feminismos de la región y el slogan que la región ofrece al mundo; evidenciando no solo el carácter político de lo privado sino una forma

diferente y radical de entender la democracia. Con ese eslogan nos articulamos con la sociedad en su lucha contra todo tipo de autoritarismos.

Sin embargo, luchar por democracia en dictadura no es lo mismo que luchar por la recalificación de la democracia en democracia. Porque si bien la democracia se instaló en el horizonte referencial de las sociedades, las formas de gobierno democráticas se expresaron en forma cupular y excluyente, en el marco de una globalización con enfoque neoliberal y obediendo más a criterios de urgencia modernizadora que de recalificación de las democracias. Así, muchos de nuestros logros terminaron como conquistas a medias, o neutralizadas de muchas formas. Frente a esta realidad se impulsaron generalmente dos estrategias, a veces confluyentes y complementarias, a veces en disputa: la de negociar la incorporación de medidas hacia la igualdad de las mujeres en los marcos democráticos existentes y la de buscar recalificar esa democracia, desde las sociedades civiles, exigiendo frente a los estados claras reglas de juego, exigencia de transparencia y rendición de cuentas y avanzando, desde las sociedades civiles, en disputas democráticas que modificarán los sentidos comunes tradicionales y las culturas políticas autoritarias.

Democracia en la casa se logró parcialmente, justamente porque ella solo podía ser conquistada si se desenvolvía en un clima de construcción democrática multidimensional. Se logró sin embargo algo fundamental: el desarrollo de una conciencia mucho más aguda en las mujeres sobre sus posibilidades de autonomía en lo privado. La visibilización de la violencia doméstica fue el gran logro de la década, aunque asumida como violencia intra familiar. La violencia sexual casi se olvidó. Democracia en la cama y en lo íntimo – dimensiones añadidas a este slogan- ha sido una dimensión compleja: se logró el reconocimiento de los derechos reproductivos (sin lograr torcerle aun la mano a la Iglesia conservadora, sin lograr desprenderla de las necesidades de superación de la pobreza. Los derechos sexuales fueron oscurecidos por la salud de las mujeres y quedaron durante un buen tiempo invisibilizados, especialmente con relación al aborto. Las luchas culturales se espaciaron. Y la dimensión

socioeconómica de la ciudadanía y la democracia fue la más devaluada.

Todo ello evidencia no solo la debilidad de nuestras democracias, sino también las debilidades de los movimientos que asumen los límites de estas democracias sin generar expresión pública conflictiva alrededor de ella.

### ***Tensión entre universalidad y particularidad***

Asumir la democracia como referente en los horizontes feministas implicó varios procesos de

"decanación" de las visiones feministas previas. Una de ellas, que dejó aprendizajes fundamentales, fue la forma de abordar la histórica tensión entre universalidad y particularidad, entre igualdad y diferencia, y sus impactos en las identidades feministas. Es sabido que los feminismos de los inicios se desarrollaron desde una significativa política de identidades. En América latina, con un feminismo venido mayormente de las canteras de la izquierda y comprometido con transformaciones de más largo aliento, esta política de identidades fue vivida como el "momento de escisión" de las luchas de la que nos habla Gramsci, a todas luces necesario para abrirse paso entre discursos hegemónicos y muchas veces hostiles, que tendían a oscurecer las presencias y los aportes de las mujeres y para poder perfilar un discurso propio y una visibilidad feminista.

Sin embargo, la disputa entre igualdad y diferencia, que se había intensamente en los países desarrollados, no se dio con esa fuerza. Es decir, en el ámbito de la dinámica más interna de los feminismos, igualdad y diferencia fueron dos visiones complementarias en América latina en la década de los 80, hasta el momento en que hubo posibilidades, objetivas y subjetivas, de expresar las propuestas de igualdad en estrategias concretas, justamente a partir de las nuevas formas de relacionamiento de expresiones significativas de los feminismos con lo público-político y particularmente con el Estado. Comienzan a ser categorías y miradas dicotómicas ante la posibilidad de su realización. Al dicotomizarlas, indudablemente se debilita su articulación transformadora. La diferencia comienza a esencializarse y la igualdad, sin la mirada interrogante de la diferencia, se contagia de los límites de las democracias realmente existentes. Y la diferencia comienza a tener el riesgo de valer en sí misma y no en interrelación transformadora<sup>1</sup>.

Y es que esta tensión nos colocaba de lleno el dilema histórico de Mary Wollstonecraft, asumida de

diferentes maneras a lo largo del siglo que nos separa de ella: la tensión entre igualdad y diferencia nos llevaba a preguntarnos si era necesario mantener una esfera separada de mujeres, reconociendo sus diferencias, valores, habilidades o si se luchaba por ser miembros plenos de la sociedad: si se mantenían nuestras diferencias visibles pero al mismo tiempo marginales y subordinadas o si luchábamos por estar incluidas en los arreglos existentes, con el riesgo también de permanecer débiles y

subordinadas por no tener campo de maniobra propio. No teníamos repuesta fácil ni inmediata. El reconocimiento desde la diferencia había tenido un rol sustancial "fue el remedio más eficaz contra el anonimato en un mundo impersonal" (Amoros), pero como señalan varias autoras, (Mouffe, Varcárcel, Amorós), solo si teníamos igualdad como referente podíamos explicitar la deferencia. Ignorar la diferencia nos llevaba a una falta de neutralidad y ponerla en el centro podía acentuarla y recrearla

El aporte de Elizabeth Jellin a esta disyuntiva fue esclarecedor, al asumir que desde la perspectiva de los movimientos sociales, la igualdad y la diferencia pueden potenciar estrategias complementarias: por un lado como mecanismos de lucha para ampliar la ciudadanía de las mujeres, al impulsar una lucha por el reconocimiento y la legitimidad de la presencia social de grupos subordinados. Ello implicaba una lucha por la igualdad de derechos para todos y todas, una lucha por justicia, por la "homogenización de la sociedad" a través del reconocimiento de condiciones iguales para mujeres y hombres. Por otro, como una forma de buscar una identidad social propia, de ocupar de un campo cultural específico y cuestionador, una afirmación del derecho a la especificidad y a la diferencia- Articular ambas perspectivas parecía facilitar el surgimiento de nuevos enfoques, capaces de aprehender a las mujeres en su heterogeneidad y especificidad. Otras más, como Fraser, enriquecieron esta mirada al preguntarse que diferencias merecen reconocimiento público, o representación política, que diferencias son irrelevantes a la vida política y deben ser tratadas como asuntos privados; que reclamos de identidad se enmarcan en las relaciones de dominación, cuales permiten mayor justicia y mayor libertad, cuales en fin son identidades democráticas. El imaginario sobre la democracia se iba concretando y ampliando.

### **Tensión entre igualdad y democracia**

Esta tensión sigue marcando a los feminismos, porque contiene riesgos insospechados

inicialmente. Y es que la lucha por la igualdad ha sido uno de los motores de las luchas feministas y de mujeres en América Latina. Ha sido una larga lucha en esta revolución cotidiana y política que los feminismos latinoamericanos impulsaron hace casi 30 años. A lo largo de estos años hubo indudablemente cambios en la forma de acercarse a la igualdad. Desde una primera aproximación a las carencias y necesidades de las mujeres, se pasó rápida y fructíferamente, hacia la percepción de las mujeres como portadoras de derechos, a ser exigidos y conquistados, no solo para igualarse con

los derechos de los hombres sino para ser reconocidas como ciudadanas, cuya construcción permanente se percibía como enriquecedora de la democracia. Ello era más factible porque además la inconclusa modernidad en nuestros países comenzó a encontrar en las mujeres un pivote importante para avanzar. Estados y movimientos compartían un discurso de derechos.

A poco andar, esta nueva estrategia comenzó a mostrar sus límites. No solo porque los gobiernos adecuaban estos derechos a sus propias necesidades, en condiciones mínimas de democracia y en la creciente definición de la ciudadanía como acceso al mercado, en contexto neoliberal (Álvarez, Barrig. También porque la ciudadanía de las mujeres al mismo tiempo que se expandía, especialmente en su dimensión política, traía una contrapartida, casi esquizofrénica: mientras por un lado se avanzaba en leyes, institucionalidad estatal hacia las mujeres, reconocimientos ciudadanos, por el otro esta igualdad se estaba logrando a costa de la devaluación de sus derechos sociales y en casos extremos, a costa también de quitar dignidad a las mujeres, de cambiar el sentido de derechos por la dádiva y la caridad y mucho más concretamente, el cambio de voto por alimentos o dinero. Igualdad formal lograda a costa de minimizar sus umbrales ciudadanos, sin espacios democráticos donde ejercitarla y expandirla. El aprendizaje más político de estas experiencias, para muchas feministas fue el descubrir que no era cierto que la ampliación de las ciudadanía de las mujeres y la ampliación de la democracia eran procesos simultáneos.

De esta constatación comenzó también un giro en las miradas feministas a la democracia. Es decir, si en la temprana preocupación por la democracia las feministas y en la urgente lucha por el reconocimiento de las mujeres, los feminismos asumieron tempranamente que "*lo que no es bueno para las mujeres, no es bueno para la democracia*", aseveración sustentada en muchas y dolorosas experiencias de exclusión no solo desde las

políticas estatales sino desde las mismas sociedad civiles y sus diferentes actores, incluso los que levantaban propuestas alternativas frente a las democracias realmente existentes. Y porque sabíamos que teníamos mucho que aportar a la democracia. Esta mirada demostró ser justa, pero también insuficiente. Un giro en la construcción de la frase trajo un giro en la orientación, las políticas de alianzas y la definición de una nueva centralidad de las luchas feministas: **“lo que no es bueno para la democracia, no es bueno para las mujeres”** fue la enunciación que condensó ese giro que permitió recuperar esta alimentación intrínseca entre derechos y democracia. Y si bien son dos caras de la misma medalla, hay momentos en que el énfasis en una u otra dimensión puede modificar profundamente el sentido de las luchas feministas: lo que tiene la apariencia de bueno para las mujeres no es bueno para la democracia. Y con ese giro, comenzó una constante revisión de cómo la construcción y ampliación de las ciudadanía de las mujeres no se asume en sí misma sino en permanente relación con la calidad de los procesos democráticos.

## 2. La democracia en lo global

Los feminismos latinoamericanos desplegaron, desde sus inicios, una rica dinámica regional-internacional, cuyos contenidos, alcances, contradicciones reflejan la complejización de sus búsquedas, sus prácticas y las tensiones o “nudos” que las acompañaron a lo largo de más de dos décadas de existencia. Expresan también el impacto, en el movimiento, de los cambios económicos y políticos que ha traído el cambio del paradigma de desarrollo. La expresión más masiva y movimientista a nivel regional fueron los Encuentros Feministas, cada dos años primero y luego cada tres, desde 1981. La expansión de las redes regionales, temáticas y de identidad, también impulsaron dinámicas regionales y eventualmente globales. En los 90 a esta forma de presencia internacional regional, se añade la presencia regional global, a través de las cumbres y conferencias, especialmente Beijing. A todas ellas se trató de perfilar una presencia en clave movimiento. No me explayo en este proceso que ha sido ampliamente documentado. Quiero más bien referirme a lo que significa este nuevo espacio de incidencia feminista, para perfilar nuevas alianzas y avanzar estrategias democratizadoras con relación a la globalización.

Estas incursiones regionales y globales tenían indudablemente impacto en lo nacional y en lo global. Sin embargo, siendo fundamentales para visibilizar las presencias y aportes feministas, y para llevar el

“terreno de disputa” entre sociedad civil y estado también a lo global, no siempre generaron dinámicas articuladoras más allá de sus propios temas y presencias. La identidad movimientista comenzó a ser reemplazada muchas veces por la identidad “temática”, que tendía a prevalecer incluso dentro de una propuesta feminista más amplia e inclusiva. En esta dinámica, lo global y la misma globalización no era aun terrenos de disputa, pues se trataba de impactar las agendas globales (por ejemplo a través de la “disputa” de contenidos y recomendaciones de las Conferencias y Cumbres mundiales), desde temas por cierto urgentes a los feminismos; pero no desde el objetivo mismo de democratizar lo global y/o de impulsar una “globalización desde abajo” señalada por muchos –as analistas (Bretcher, últimamente), como un reto crucial. Impulsada por los movimientos sociales, cruzando los límites de las naciones, las identidades, los intereses y desplegándose a múltiples niveles, esta globalización desde abajo va confrontando los poderes globales y va produciendo un empoderamiento colectivo complementario y múltiple.

Es decir, estas incursiones democratizadoras en lo global y esta posibilidad de empoderamiento colectivo requiere el descentramiento, complejización y apertura de las identidades de las personas y los movimientos. Pero la flexibilización de identidades no es un acto solo voluntarioso. El terreno para la modificación de las identidades comenzó a ser posible a partir de las mismas dinámicas de la globalización. Es decir, los procesos ambivalentes que impulsa la globalización también han comenzado a generar nuevos impulsos para los cambios en los horizontes de las sociedades y las subjetividades de las personas. No profundizaré en estas ambivalencias, tan bien estudiadas por muchos autores. Solo retendré, para el análisis algunas de las dinámicas que acompañan a la globalización y que dan piso para el surgimiento de nuevas identidades, y que puede impulsar las globalizaciones desde abajo. Una es el creciente proceso de de-tradicionalización como lo llama Giddens, que tienden a debilitar las costumbres arcaicas y los sentidos comunes tradicionales, entre ellas las relaciones entre los sexos (hacia una sexualidad plástica y flexible) y los valores familiares unívocos.

Ello no implica la desaparición de la tradición, sino más bien un cambio en su status, al dejar de considerarla como algo incuestionable y verla como abierta a interrogación, es decir, algo sobre lo cual se puede decidir. Se ha dado paralelamente el impulso a una diferente percepción política y de relacionamiento institucional, de circulación de información, impulsando un orden crecientemente

reflexivo (reflexividad institucional lo llama Giddens), que ubica a la política ya no solo en los espacios formales, ni su legitimidad se ve obtenida solo por el voto o la representación, sino que se expande hacia espacios cada vez más importantes para los ciudadanos: la vida cotidiana por un lado y los sistemas globalizados, por otro.

Este particular orden espacial y temporal de experiencias que trae la globalización da un contenido específico a la naturaleza de la ciudadanía, abriendo nuevos contenidos, multiplicando derechos antes no considerados ni en los horizontes referenciales nacionales, y que van más allá de los límites del estado-nación. Límites que se han visto también modificados y descentrados, ya que uno de los efectos más evidentes del proceso de globalización ha sido que el casi monopolio de los Estados en otorgar y administrar los derechos ciudadanos ha sufrido una creciente erosión y debilitamiento, al debilitarse los alcances y la autonomía de estos mismos estados nación. Así, frente a los traumáticos cambios en las dinámicas globales, los estados nación aparecen muy chicos para responder a los grandes problemas globales y aparecen muy grandes para dar cuenta de la creciente pluralidad de formas de vida, de las necesidades cotidianas de las gentes y de los nuevos derechos, de reconocimiento y de redistribución que exigen las nuevas identidades. Es decir, este proceso redefine los límites de las comunidades políticas en las que se había organizado la ciudadanía, asumida históricamente como dimensión del estado nación y como membresía a una comunidad política nacional.

En este proceso, ¿qué cambio en la forma de construcción y auto percepción de las identidades? Una de los cambios más potentes ha sido el desdibujamiento de la ecuación entre estado-sociedad e identidad. (Schzugler). Es decir, la sociedad y el estado ya no son organizados, y vividos en forma coincidente, lo que indudablemente modifica las identidades antes pensadas en perspectiva exclusivamente nacional. No desaparece la identidad nacional pero se hace más difuso ese sentimiento de pertenencia. (Lechner). Se abren otros múltiples sentidos de pertenencia modificando percepciones y contenidos subjetivos de la ciudadanía. Por eso, la pregunta fundamental para algunos autores como Beck es no tanto si existe sociedad global sino hasta que punto se perciben las personas en sus respectivas diferencias y si la auto percepción de la sociedad mundial es relevante desde la perspectiva de la conducta.

En este proceso, los cambios en los horizontes subjetivos de las gentes son enormes, impactando

identidades nacionales pero también alimentando la tendencia creciente a la reformulación de las identidades de los movimientos. Y acá yo incorporo mi experiencia y mi proceso como feminista, como una pista de reflexión sobre la orientación de estas nuevas identidades.

Para los movimientos feministas latinoamericanos, nacionales y regionales, la globalización también ha abierto la posibilidad articular su reflexión específica a los grandes temas y retos de la humanidad (Mohanty). La experiencia también ha demostrado que en las incursiones en lo global regional las identidades y agendas propias son necesarias pero no suficientes. Porque uno de los rasgos de la política de identidades o de identidades centradas en determinados temas o intereses es, según Fuss, que los sujetos oprimidos pueden también ser sujetos opresores, al no incorporar las múltiples dimensiones de las exclusiones de las mujeres y los múltiples mecanismos que las refuerzan para mujeres y hombres. Por ejemplo, los feminismos, como me confrontó alguna vez Leila González - histórica feminista negra- contenían discriminaciones racistas quizás no por acción pero sí por omisión. O los feminismos pueden ser crudamente excluyentes con las feministas jóvenes, quizá no tanto por la no existencia de claros canales de incorporación a una difusa multiplicidad discursiva, sino más bien por no acercarse a los nuevos discursos que ellas levantan o están construyendo más acordes indudablemente con las nuevas dinámicas que les ha tocado vivir.

Por ello, para muchas expresiones feministas el salir su propia autoreferencia para buscar una perspectiva de transversalidad e intersección con las otras múltiples luchas democráticas, políticas y culturales, que levantan no solo las mujeres sino también los hombres que tratan de responder a sus específicas subordinaciones, manteniendo la democracia como el eje articulador de sus luchas con otras luchas, comienza a aparecer como uno de los cambios más profundos. Así, avanzan – sin abandonarla- desde la lucha por la democratización de las relaciones entre los géneros, a alimentar las luchas antirracistas, antihomofóbicas, por la justicia económica, articulando la lucha por el reconocimiento con la lucha por la redistribución también en el espacio global., contribuyendo a la construcción de un “polo democrático” de múltiples sentidos a nivel global.

Esta mirada inclusiva, esta identidad “descentrada” y enriquecida es lo que garantiza además la articulación de lo global con lo local. Evidenciando que es difícil avanzar en la democratización del espacio local y en la formación de las ciudadanía globales de corte democrático si no alimentamos en

ambos espacios simultáneamente las nuevas identidades, las nuevas alianzas, las nuevas formas de articular las agendas feministas con las demás agendas de transformación. Sin olvidar que los feminismos, en lo local y en lo global no renuncian a una recalificación de la democracia, aportando a ella múltiples niveles y miradas: democracia en el país y en lo global, en la casa y en la cama, en lo privado y en lo íntimo. Solo desde esta visión inclusiva de democracia y de construcción de

ciudadanías democráticas a todos estos niveles que se puede disputar sentidos y dinámicas ciudadanas no solo en lo nacional sino también en lo global para mujeres y hombres. Este es el aporte feminista a la globalización desde abajo y a la construcción de ciudadanías planetarias de corte democrático.

Lima, enero 2003

***\*Virginia Vargas.** Socióloga, investigadora especializada en el tema de movimientos sociales y mujeres, feminismos y globalización. Autora de diversos libros y artículos. Fundadora del Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán, donde coordina el Programa de Estudios y Debates feministas. Ejerce docencia en el Instituto de Estudios Sociales de la Haya- Holanda y el Colegio de México.*